LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 19 DE SETIEMBRE DE 1887 — NUM. 299

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA, cuadro de A. Jatofch

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—*Las dos y una noches* (NOCHE TERCERA), por don Carlos Coello. – *Genialidades*, por don Cecilio Navarro. — *Viajar por telégrafo*, por el doctor Hispanus. —*Noticias varias.* – *Física sin aparatos.*
GRABADOS. —*Un matrimonio de conveniencia*, cuadro de A. Jatofch *Agustín Querol.*—*El Vencido de hoy*, estatua de A. Querol (calificación honorífica en la Academia de S. Fernando).—*Retrato del hijo del pintor Enrique Serra*, por Querol. – *Interior del estudio de Agustín Querol.* – *Carga de coraceros*, cuadro de Marcelino de Unceta.—*Marco Antonio y Cleopatra*, cuadro de Juan Pablo Salinas. – *Los emigrados franceses presentándose al gran Elector*, cuadro de Hugo Vogel.—*Suplemento artístico: La Misa mayor*, cuadro de J. Benlliure.

AGUSTÍN QUEROL, escultor español

NUESTROS GRABADOS

AGUSTÍN QUEROL

Poeta nascitur, decía el preceptista.

Y del artista puede decirse otro tanto. El poeta y el artista son dos seres fabricados de una misma materia; mejor dicho, son un mismo genio con distintas manifestaciones.

Se puede llegar á sabio por medio del estudio; no se puede ser un genio cuando no se ha nacido genio.

La criatura que se siente animada del fuego divino, se revela mucho antes de que nadie haya podido cultivar sus disposiciones naturales.

Mozart se había revelado á los diez años.

No tenía mucha más edad Agustín Querol cuando dió á comprender su intuición escultórica: hízolo de una manera informe, pueril, extravagante; pero sus muñecos, elaborados con la pasta amasada en la panadería de su padre, demostraban la vocación del rapazuelo y decidieron de su porvenir. Quería ser escultor; lo quería con la vehemencia del predestinado, y una de dos: ó había de sucumbir en el camino, ó había de satisfacer sus aspiraciones. Empeñó la lucha, y venció noblemente, porque dentro de ese cuerpo delicado, alienta un alma del mejor templado acero. Todas sus manifestaciones lo evidencian.

Joven aun, se propone ganar una plaza pensionada en Roma. Cuando forma esta resolución, calcula el tiempo que le resta para llevarla á cabo, y se convence de que, aun tomando el primer tren que sale para la corte, le faltan minutos para llegar á tiempo de formular su instancia y hacer sus pruebas. Pero, hubo de pensar Querol para sus adentros: ¿para cuándo es el dinero sino para las grandes ocasiones de la vida?... El dinero que ha perforado montañas y ha tendido desde Barcelona á Madrid los rails de un camino de hierro, ¿no podrá precipitar la marcha del tren y ganar los minutos que le hacen falta para realizar su deseo?... Convencido de que dádivas ablandan peñas, echa mano del recurso supremo, *ocho pesetas* de que puede disponer y que le valen todo su porvenir. ¿Quién supusiera que aquel tren, arrastrado con una velocidad extrarreglamentaria, decidía de la vida de un hombre, de algo más que un hombre, de un artista en toda la extensión de la palabra?...

Querol llega á tiempo para pretender la plaza. De lo demás estaba seguro. Adjudicósele la pensión y partió para la Ciudad Eterna; eterna sí; no porque Roma haya sido la gran metrópoli de los vencedores de Cartago, de las Galias y de la península ibérica; sino porque, á través de los siglos, viene siendo la gran guardadora del arte, que es más eterno que Escipión y que César y que todos los dominadores del mundo antiguo.

Un año después remitía su primera obra, el *Vencido de hoy*, que publicamos en el presente número y por medio de la cual evidenciaba que el neófito había penetrado en los misterios del templo que solamente á los predestinados abre sus puertas. Considérese esa figura y dígase si su perfecto estudio anatómico, su actitud, su aspecto, la dulce al par que varonil resignación de su semblante, no superan á cuanto puede exigirse de un escultor novel, de un artista en embrión, de un genio que no había salido aún de su estado de crisálida.

Lo que desde entonces ha progresado Querol en todos conceptos, lo demuestra una sencilla visita á su estudio ó taller, del cual damos una vista en el presente número. En él expone sus obras y por éstas puede venirse á una idea de la extensión y variedad de su talento. Desde luego se echa de ver en ellas la predilección que siente por los buenos modelos de la antigüedad, sin que por esto se resientan de servil imitación. Respecto á asuntos, todos le son favoritos, como se presten á encarnar en ellos un sentimiento capaz de conmover el alma de un artista. Nada tienen de común, por ejemplo, el grupo de *La tradición* y la estatua de la *Dolorosa*. Sin embargo, si en la alegoría ha demostrado el desembarazo y firmeza con que trata simultáneamente á la infancia y á la senectud, en la Virgen se remonta á la pureza de concepción, á la sublimidad de concepto indispensables para dar forma humana á la creación divina de la mujer inmaculada. El discípulo, el admirador del arte pagano, demuestra en esta obra que el cristianismo eleva el pensamiento á las puras regiones del ideal, desprendiéndose de los resabios materiales de que, en este sentido, no están exentos los mejores trabajos clásicos.

Agustín Querol ama el arte con pasión: su semblante, sereno y apacible habitualmente, su dulce mirada que parece perderse vagarosa en los espacios imaginarios, su naturaleza fina y delicada como la de una mujer, se transforman de súbito cuando se trata de los fueros del arte. Dispuesto á perdonarlo todo en el mundo social, es inexorable al creerse maltratado como artista. Este amor vehemente á su profesión que le convierte en padre de sus obras, le ha valido algún disgusto, que hubiese podido influir poderosamente en su carrera, si las personas competentes no hubieran hecho justicia á los nobles móviles de sus arranques de artista. Tiene ante sí un porvenir brillante y sin duda no dejará de llegar á la meta, pues ninguno como él ha demostrado estar más persuadido de que no hay imposible para el estudio y la fuerza de voluntad.

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA, cuadro de A. Jatofch

Esta clase de matrimonios, más en número de los que fueran menester, los concierta el vil interés y los desconcierta el diablo. Un varón entrado en años y más entrado aún en fortuna, comete la torpeza de solicitar la mano de una joven. Por su parte, una joven, más codiciosa que prudente, comete la mayor torpeza de aceptar el ofrecimiento. La Iglesia bendice esta unión desdichada y apenas se ha evaporado la fragancia del azahar, cuando la realidad llama al hogar doméstico é introduce en él al fastidio, que es uno de los más listos cómplices del adulterio. Aquellas galas tan suspiradas acaban por convertirse, á los ojos de la mujer mal casada, en una especie de uniforme de presidiario, porque presidiaria de su marido se cree la esposa que no le ama; aquellos salones espléndidos en donde la mujer honesta y libre puede aspirar sin vergüenza los aromas de la lisonja, son teatro de una lucha horrible entre el impulso y el deber, en la cual no siempre el deber es el más fuerte; aquellas *villas* que semejarían paraísos, habitadas, durante el verano, por un matrimonio hijo del respectivo afecto, apenas si proporcionan un sueño ni siquiera reparador, pues nada más común, en tales casos y en tales sueños, que las visiones acusadoras y las imágenes de la felicidad imposible de conseguir.

Este asunto ha sido repetidamente tratado por hábiles pintores, lo cual no es de extrañar porque, como hemos dicho varias veces, el artista tiene un deber social que cumplir; y cuando el pincel se vuelve moralista, consigue frecuentemente lo que no es dable al apólogo y aun al artículo crítico de costumbres. Cierto que muchas veces predica en el desierto, como sucede en el asunto del *matrimonio de conveniencia;* pero si Jatofch ha cumplido como buen maestro y las niñas casaderas no aprovechan la lección, cuando el diablo se las lleve vestidas de encaje, el artista saboreará su pipa muy tranquilo, al lado de una esposa amante y contemplando los inocentes juegos de sus hijos.

CARGA DE CORACEROS, cuadro de Marcelino de Unceta

Aun cuando lo abocetado del lienzo no permita una reproducción que deje formar cabal concepto de este cuadro, cualquiera puede apreciar sus condiciones de vida y de movimiento. Esos caballos vuelan, esos jinetes cargan, realmente, á un enemigo invisible; el choque ha de ser horroroso.

Ignoramos si el autor ha presenciado la escena que describe. Si, en lugar de presenciarla, la ha presentido simplemente, diremos que á no haber nacido pintor, hubiera hecho un excelente coracero.

MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA, cuadro de Juan Pablo Salinas

Muchos son los artistas que han tratado este mismo asunto. El famoso triunviro, avasallado por los encantos de la aún más famosa reina de Egipto, olvida en Alejandría sus ambiciosos planes y, sumergido en voluptuoso letargo, no le despiertan ni los triunfos de Octavio ni las defecciones que siguen á la batalla de Actium. ¿Qué clase de fascinación ejercía en Marco Antonio la influencia de Cleopatra? Si hubiéramos de atenernos al cuadro de Salinas, esa seducción hubiera debido ser puramente sensual. La impresión que causa la obra es la de una verdadera cortesana procurando disipar con sus caricias el mal humor de su amante ó de su dueño. Bajo este punto de vista, la obra de Salinas cumpliría perfectamente su objeto. Pero, á nuestro juicio, el artista no ha estado á toda la altura de la verdad histórica. Léase á Plutarco solamente, y se comprenderá que los encantos de Cleopatra tenían un fundamento superior al de su belleza física, que, después de todo, distó mucho de ser incomparable. Y hasta prescindiendo de la figura de la reina, tampoco concuerda la actitud de Antonio con la relación, clara y terminante, del autor de las *Vidas Ilustres*. Este aparece en el lienzo de Salinas, como un hombre en quien la preocupación del momento influye más que el atractivo de una mujer; siendo así que Antonio caminó á su ruina completamente dominado por su querida y como el ebrio que se precipita inconscientemente en el abismo, sin que la sonrisa desaparezca de sus labios.

Aparte estas disonancias históricas, la obra de Salinas tiene condiciones que la recomiendan y que explican suficientemente el éxito que ha obtenido en la última Exposición nacional.

LOS EMIGRADOS FRANCESES presentándose al gran Elector, cuadro de H. Vogel

El triste resultado que había dado en España la impolítica y antieconómica expulsión de los moriscos, no fué ejemplo bastante poderoso para disuadir á Luis XIV de la ruinosa idea de revocar el célebre Edicto de Nantes, merced al cual había Enrique IV ganado para Francia la simpatía y concurso de sus numerosos ciudadanos protestantes. En 1685 tuvo lugar el acto trascendental de la revocación, y aun cuando se tomaron tantas y tan arbitrarias medidas que no era posible ausentarse del reino sin incurrir en grave delito é inevitable ruina, ello es que la existencia en Francia de los reformados llegó á hacerse tan horrible, que muchos, muchísimos emigraron al extranjero, especialmente á Holanda, llevando consigo los secretos de la industria y los más adiestrados industriales. Los príncipes extranjeros comprendieron y explotaron el desacierto cometido por Luis XIV, y á medida que éste extremaba sus rigores, aquéllos acogían con mayor cordialidad á los emigrados.

Una de estas recepciones se halla representada en el cuadro de Vogel, que además de recordar un hecho histórico de grande importancia, demuestra el talento con que ha estudiado el asunto y los grandes recursos artísticos de que dispone para ejecutar obras de tan singular aliento.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA MISA MAYOR, cuadro de J. Benlliure

Los horizontes históricos de Benlliure son de los más dilatados y varios que se conocen en el arte moderno; su talento y su ejecución se adaptan á todos los géneros, y unas veces, en alas de la inspiración, se remonta á los espacios imaginarios, y otras veces, descendiendo vertiginosamente á la tierra, pide á la realidad de la vida asuntos en que demostrar la ductilidad de su genio.

Al examinar su cuadro: *La visión del Coloseo*, cualquiera diría que la imaginación de este pintor necesita inspirarse en las narraciones fantásticas de un mundo inmaterial poblado de espíritus, que sólo han visto los ascetas á la luz del misticismo y los artistas á la luz de la poesía. Y sin embargo, cata ahí que Benlliure en sus peregrinaciones, asiste á la fiesta religiosa de un lugar, y las impresiones que en él produce el espectáculo le proporcionan asuntos para dos cuadros tan terrenos como el *Panegírico del Santo* y la *Misa Mayor*. ¿Caben manifestaciones más opuestas del genio de un mismo hombre?

A pesar de ello, en todas esas composiciones se echa de ver la factura de su autor; si en la una domina la vaguedad del contorno y en las otras, por el contrario, la ejecución resulta neta, precisa, destacada, la diferencia es hija de la diversidad del asunto. Pero á través de las formas indefinidas de los mártires del romano circo, se echa de ver al dibujante perito, al compositor diestro, al maestro en realismo de buen género, cuando este realismo se impone, como sucede en la *Misa Mayor* y en el *Panegírico del Santo*.

LAS DOS Y UNA NOCHES

NOCHE TERCERA Y ÚLTIMA

I

El libro del compatriota del actual Virrey de la India era bueno sin duda, pero mi sueño era aún mejor y cuando llegó la hora de meterme en el caik llevaba muchas horas de acudir á todas mis fuerzas para mantener despejados los párpados.

Al entrar en mi cuarto para coger cigarros, la vista de la cama me había producido tentaciones casi invencibles de arrojarme en ella y echar al diablo las recomendaciones del doctor Higgins. El amor propio, más que la esperanza y aun el deseo de curarme, creo yo que fué lo que me resolvió á seguir luchando con mi enemigo.

—Hasta hoy,—dije á Mustafá,—tus cuentecillos han contribuído poderosamente á mantenerme despierto: espero que esta noche harás prodigios de habilidad para que tantos esfuerzos no se malogren y esterilicen.

—Agradezco el elogio, pero siento que me lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque los elogios suelen ser peligrosos, y si son adelantados, peor que peor.

—A fe, á fe que no comprendo lo que quieres significar.

—Respóndate por mí lo que pasó una vez á Nasredin Effendi con su mujer y su borriquillo.

II

—«En una expedición que hizo mi maestro acompañado de aquellos dos seres, únicos compañeros de su vida, les convidó á descansar y á gozar de su apacible sombra y frescura un hermoso bosque de corpulentas encinas cargadas de grandes y, á juzgar por la madurez que indicaba su cáscara, sobrosísimas bellotas.

—Buena ocasión,—dijo la mujer al marido,—para que nos proveamos de alimento bueno y barato, y quizá para todo el año, cargando á esta bestezuela con cuantas bellotas pueda llevar encima.

Encontró el Jodya razonable la idea de su mujer y subiendo por el tronco de un robusto alcornoque despojó algunas ramas; pero luego pensó que puesto de pie sobre la albarda de su borrico conseguiría igual resultado á menos costa, y lo hizo como lo pensó.

Según iba cogiendo bellotas, satisfecho de la pacífica quietud de su compañero de viaje, decía el Jodya á su mujer:

—No querrás creerlo, pero por todo el oro del mundo no daría yo este borrico. No se concibe animal mejor que él. Es un modelo de laboriosidad y mansedumbre; su honestidad y buena crianza son proverbiales en Arnaut-Kei, y en Constantinopla maravillaban á todos los cocheros y aguadores; come de todo y con cualquier cosa está satisfecho su estómago y alegre su humor. Pues ¿y en cuanto á la obediencia? Eso es lo que hay que ver. Apenas murmuro yo casi entredientes un *hum, hum*, ya está echando á correr el animalito.

Oir esto el asno y echar á correr sin aguardar más razones, fué todo uno. El Jodya quedó agarrado á la rama de un árbol, pataleando y con la cara toda arañada.

Su mujer se disponía á castigar al burro; pero Nasredin, bajándose del alcornoque como Alah le dió á entender, la dijo con su afabilidad de costumbre:

—No le pegues: el animal ha probado la verdad de mis palabras, pero no hay que elogiar á las gentes, y menos á los asnos, en presencia suya.

III

—Ese cuento,—dije á Mustafá,—tiene más filosofía de lo que tú supones y podría darte asunto para muchos é importantes comentarios. Pero no quiero contravenir al prudente consejo del Jodya, no sea que si te alabo mucho este cuento me reñeras acto continuo alguna sandez. Cuéntame algo más del asno si es que lo sabes.

—Del asno y de lo que pasó con él en vida y aun en muerte, podría yo contarte tantas y tales cosas que así habías tú de pensar en dormir como yo en dejar que te duermas esta noche.

Y al decir esto me pegó un pellizco en un brazo que me hizo ver las estrellas aunque la noche estaba algo os-

MINISTERIO DE EDUCACION INSTITUTO DE

LA MISA MAYOR, COPIA DE UN CUADRO DE J. BENLLIURE, GRABADO POR M. WEBER

cura y nublada, al mismo tiempo que con la otra mano cogía agua del Bósforo y me la arrojaba á los ojos y á los labios produciéndome con su sabor, algo salado, la impresión más desagradable.

Como el irreverente pellizco y las inesperadas abluciones nacieron de que Mustafá me había visto quedarme casi tendido en el caik y esquivar su mirada, comprendí que su intención no era otra que la de mantenerme en vela, le perdoné lo que me había hecho y hasta se lo agradecí.

III

—Un día,—dijo Mustafá,—sustituyendo la acción con la palabra y convencido de que yo le escuchaba atentamente, un vecino del Jodya, que no era por cierto el judío del caldero, pero sí un griego trapalón y desalmado como casi todos los anidados en Turquía, le pidió su famoso borriquillo para un viaje á Terapia que pensaba hacer.

Nasredin, que quería á su asno como á las niñas de sus ojos, le contestó mintiendo contra su costumbre (y haciendo bien, porque trataba con un griego) que en aquel momento no lo tenía en casa; pero el burro, que estaba en la cuadra y que no se había enterado de la conversación, comenzó á rebuznar cuando apenas había concluído de hablar el amo.

—Vuestro burro os desmiente,—le dijo el vecino pálido de ira,—y asegura con su propia voz que está en vuestra casa.

—¡Cómo!—dijo el Jodya.—¿Os atrevéis á desmentirme? ¡Dais más crédito á un burro que á mí! Idos enhoramala, y si queréis ir á Terapia en burro, id á pie y conseguiréis vuestro objeto.

—Ese cuento, amigo Mustafá, tiene en España su similar ó equivalente. Allí se trata de un soldado que pide alojamiento para él y para su caballo, y como la patrona le responda que en aquella casa no hay cuadra y se oiga al propio tiempo rebuznar á un burro que tiene en ella, contesta á las observaciones del soldado que el que rebuzna no es burro sino su marido que sabe rebuznar á las mil maravillas, aunque siempre fuera de tiempo.

Dolióse Mustafá de que su cuento no me pareciese nuevo del todo y me preguntó:

—¿Qué hace en España un hombre cuando le roban un queso?

—Quedarse sin él.

—Y la justicia, ¿consigue descubrir al ladrón?

—Se dan casos, pero pocos.

—Pues al Jodya le robaron un queso que acababan de regalarle, y sin que la justicia le ayudara descubrió en el mismo día quién había sido el ladrón.

—Cuéntame eso, hombre, que debe ser curioso, y no lo sabemos por España.

Mustafá muy satisfecho y envanecido, se expresó así.

IV

—El queso era magnífico, grande y redondo: no tenía más falta que la de estar muy salado, y apenas había comido el Jodya de él un par de rebanadas, desapareció de la despensa sin que su mujer pudiera averiguar ni aun sospechar quién había sido el ladrón.

—No te apures, tonta,—dijo el Jodya después de haber cavilado un poco; y dirigiéndose á la única fuente que entonces había en Arnaut-Kei, sentóse cerca de ella, algo resguardado por unos árboles, y con la calma que le era peculiar comenzó á pasar entre sus dedos las cuentas de su rosario.

Su mujer que le había seguido, curiosa é interesada en su determinación, al verlo allí tan quietecito le preguntó enfadada:

—¿Y es aquí donde vas á encontrar al ladrón?

—Aquí es,—respondió Nasredin;—el queso estaba muy salado; el que coma de él tendrá que experimentar gran sed forzosamente; acudirá á esta fuente por la sencilla razón de que no hay otra; beberá mucho y con mucha ansia y prisa y con su propia boca confesará su latrocinio.

—Buen cuento es ese,—dije yo á Mustafá que me pagó cariñosamente el elogio con un segundo pellizco más fuerte que el primero y con un abundante ración de agua preguntándome de paso con la mayor naturalidad:

—¿No hay en tu tierra quien robe gansos?

—Vaya, si hay,—le contesté.—Hay hasta gansos que roban. Allí hay de todo.

—Pero ya me has dicho,—repuso Mustafá,—que faltan Nasredines que descubran á los que roban.

—Cuenta ese nuevo rasgo de ingenio de tu compatriota, que aunque parece que estoy dormido, así como hay quien duerme con los ojos abiertos, yo velo con los ojos entornados.

V

—«A un pobre hombre que no poseía otro caudal que unos cuantos gansos, con cuya cría y venta se mantenía el infeliz, robáronle en cierta ocasión tres de los más hermosos de la manada.

Dijoselo al Jodya que cabalmente iba á echar una plática al pueblo en la principal mezquita del lugar.

Como su elocuencia era conocida y la festividad era grande, el concurso fué muy numeroso y puede decirse que fuera de la mezquita no quedó alma viviente en Arnaut-Kei. Hasta los que no profesaban la verdadera religión, acudieron allí, porque era tal la fuerza de expresión de mi maestro, que sin saber el turco se deducía por sus gestos, miradas y ademanes lo que quería decir.

El Jodya refirió desde el púlpito el hecho, lo pintó con los más tristes colores y afeó duramente la conducta del delincuente.

Y acabó diciendo: No es lo más extraño que un pillo robe tres gansos á un hombre de bien: lo sorprendente, lo asombroso, lo inaudito es que el criminal venga á la iglesia, se mezcle con los otros fieles dándose aires de hombre religioso...¡cuando aun trae en la cabeza plumas de los gansos que ha robado!

El ladrón, que efectivamente estaba allí, no pudo contener un movimiento instintivo, y al llevarse la mano á la cabeza, señaló al culpable en sí mismo.

—No te negaré, compadre Mustafá, que esa historia sea originaria de Turquía, pero también se cuenta en España la de un predicador que, censurando la mala vida de una mujer de su parroquia, afirmó que no quería nombrarla, pero que si desde el púlpito arrojase su pañuelo, este caería sobre la cabeza de la delincuente. Con lo cual más de veinte mujeres bajaron la cabeza llenas de miedo, y más de veinte maridos apenas la pudieron levantar á causa de la pesadumbre.

—Todo lo que yo te llevo referido en estas tres noches es sucedido y verdad, y que en España ó en otra parte del mundo sucedan cosas semejantes nada tiene de extraño. Lo que voy á narrarte ahora puede sucederle á cualquier hombre, y aunque te haga reir á costa de mi maestro, no debe, por consiguiente, presentarlo á tus ojos, sino como sujeto á los errores á todos comunes.

VI

Una noche tenían desvelado al Jodya sus muchos y graves pensamientos. Se echó de la cama al suelo, abrió la ventana y se puso á admirar los esplendores de la celeste bóveda al par que aspiraba con delicia el fresco aroma de las flores de su huertecillo.

De pronto lanzó un grito al descubrir, en la parte más oscura y entre dos árboles, un hombre con los brazos extendidos y que era indudablemente un ladrón, quién sabe si un asesino que venía á quitarles la vida.

Cogió el Jodya su arco y disparó una flecha que se clavó en el pecho de su enemigo, después de lo cual se acostó tranquilamente, porque el varón justo está obligado á perdonar las injurias pero antes debe, por cuantos medios tenga á su alcance, evitar que se le hagan.

Apenas amaneció bajó mi maestro al huerto para ver al hombre que creía haber matado y con la noble idea de darle piadosa sepultura. ¡Figúrate cuál no sería su sorpresa al encontrar clavada la flecha en la delantera de una de sus camisas que su mujer había puesto á secar la tarde anterior tendida entre dos ramas!

La mujer que, como siempre, le iba á los alcances, lloró, bufó y pateó al mismo tiempo que el Jodya caía de rodillas y golpeando el suelo con la frente exclamaba:

—¡Dios de bondad y de misericordia! ¡cuánto os debo! ¿Qué sería, sin vuestra piedad, de mi pobre existencia? Porque si yo llego á tener puesta esa camisa cuando disparé la flecha, ahora estaría muerto sin remedio.

VII

No pude menos de decir á Mustafá que el rasgo de Nasredin era más propio de un boboque de un hombre sensato y de claro entendimiento; pero Mustafá me contestó muy alborotado que el Jodya era ante todo hombre creyente y agradecido á las bondades de Alah y que el ser que rige el Universo había hecho cosas más dificiles que ser un hombre herido por su propia mano y dentro de su propia camisa.

A esto nada tuve que replicar.

—Y para que veas,—prosiguió Mustafá,—que en ciertas ocasiones puede un hombre superior como mi maestro hasta renunciar á seguir los preceptos que al parecer la piedad aconseja, voy á contarte lo que le sucedió en otra ocasión.

Cansado y no harto de trabajar en pro del bien de sus semejantes, disponíase una noche á acostarse el Jodya, cuando sintió que llamaban con violencia á su puerta.

—¿Quién es?—preguntó.

—Bajad,—le dijeron desde la calle con voz lastimera.

El Jodya, mal humorado, porque tenía casi tanto sueño como tú, descendió su escalera para saber lo que le querían.

Un mendigo que había abajo le dijo: *¡Padaka isterín!* (dame una limosna).

El Jodya le invitó afablemente á subir y cuando los dos estaban en lo más alto de la casa, dijo al pobre: *¡Alah virsín!* (Alah te provea ó te socorra).

El pobre, enfurecido, le dijo entonces:—¿Y por qué me habéis hecho subir?

El Jodya le contestó gravemente:

—Por la misma razón que tú me has hecho bajar.

VIII

El cañonazo del Serrallo Viejo respondió como un eco á las últimas palabras de Mustafá. Yo lancé un grito de júbilo. Empezaba á amanecer y ya llevaba tres días justos y cabales de no haber dormido. Dí á Mustafá la cantidad prometida, gratifiqué á los remeros del caik y aguardé con impaciencia que llegase la hora oportuna para ver al doctor Higgins y preguntarle qué debía hacer después de ejecutada con tanta exactitud la primera de sus prescripciones.

Almorcé al medio día, tomé pasaje en uno de los infinitos vaporcillos que van y vienen constantemente desde el puente de Gálata hasta las últimas residencias de verano de ambas orillas del Bósforo, y cerrando los ojos que tantas veces me había embelesado la vista de aquella incomparable serie de panoramas, caí en profundo sopor y cuando al fin desperté me encontré con que el cobrador del barco me presentaba una cuenta de tres ó cuatro libras turcas por un viaje que de ordinario sólo cuesta unos cincuenta céntimos de nuestra moneda.

No pude menos de extrañar el abuso de confianza que quería cometerse conmigo; pero el cobrador me dijo que yo había hecho más de cien viajes porque me había pasado en aquel camarote y durmiendo, sin que ningún esfuerzo humano consiguiera despertarme, tres días seguidos.

IX

Francamente, me faltó valor para presentarme al doctor Higgins.

Y gracias sin duda á eso, continúo en perfecto estado de salud para cuanto mis amables lectores y lectoras gusten mandarme, que como no se dice en Turquía, pero sí en mi tierra, lo haré con sumo gusto y fina voluntad.

CARLOS COELLO

GENIALIDADES.

Si para muestra basta un botón, como se dice vulgarmente, un rasgo basta para pintar un carácter. Mandar al sol detenerse en su carrera para acabar una batalla es un rasgo que pinta al caudillo de Israel. Cortar con la espada el famoso nudo gordiano, que nadie podía desatar, es otro rasgo que pinta á Alejandro. Quemar las naves para no poder retirarse sin hacer la conquista de un poderoso imperio es otro rasgo que pinta á Hernán Cortés. Arrojar las muletas del paralítico y erguirse sano y bueno al ser elegido papa es otro rasgo que pinta á Sixto V.

El rasgo que tomamos de las crónicas del tiempo es también una genialidad gráfica, un rasgo que da un carácter completo.

No tiene nada de sublime, ni de bello ni de grande; pero da toda una fisonomía moral.

Igualmente pudiera decirse inmoral.

II

Un hombre se moría.

Pero no quería morirse y hacía pinitos como los niños, es decir, caía y se levantaba para volver á caer, en lucha entre la vida y la muerte.

No se moría de viejo, aunque no era mozo ni mucho menos; se moría simplemente de achacoso, impregnado, pasado hasta los huesos de *non sanctos* reliquias, que algunos llamaban vicios, aunque en voz baja por respeto, ó por temor, mejor dicho.

Porque no era tampoco un hombre el moribundo; era un rey, dicho sea con el respeto ó temor debidos.

Era un rey el que se moría, que también se mueren los reyes como los súbditos, los ricos como los pobres, los grandes como los pequeños.

Es la única condición que nos hace iguales á todos ante la ley natural.

Todos hemos de nacer para vivir, y nacemos llorando; y hemos de morir todos, llorando también, después de haber vivido (menos los que nacen muertos, por supuesto, y los que mueren riendo).

Es un sarcasmo, pero hay casos; y un absurdo, pero existe el absurdo.

III

Erase un rey que se moría.

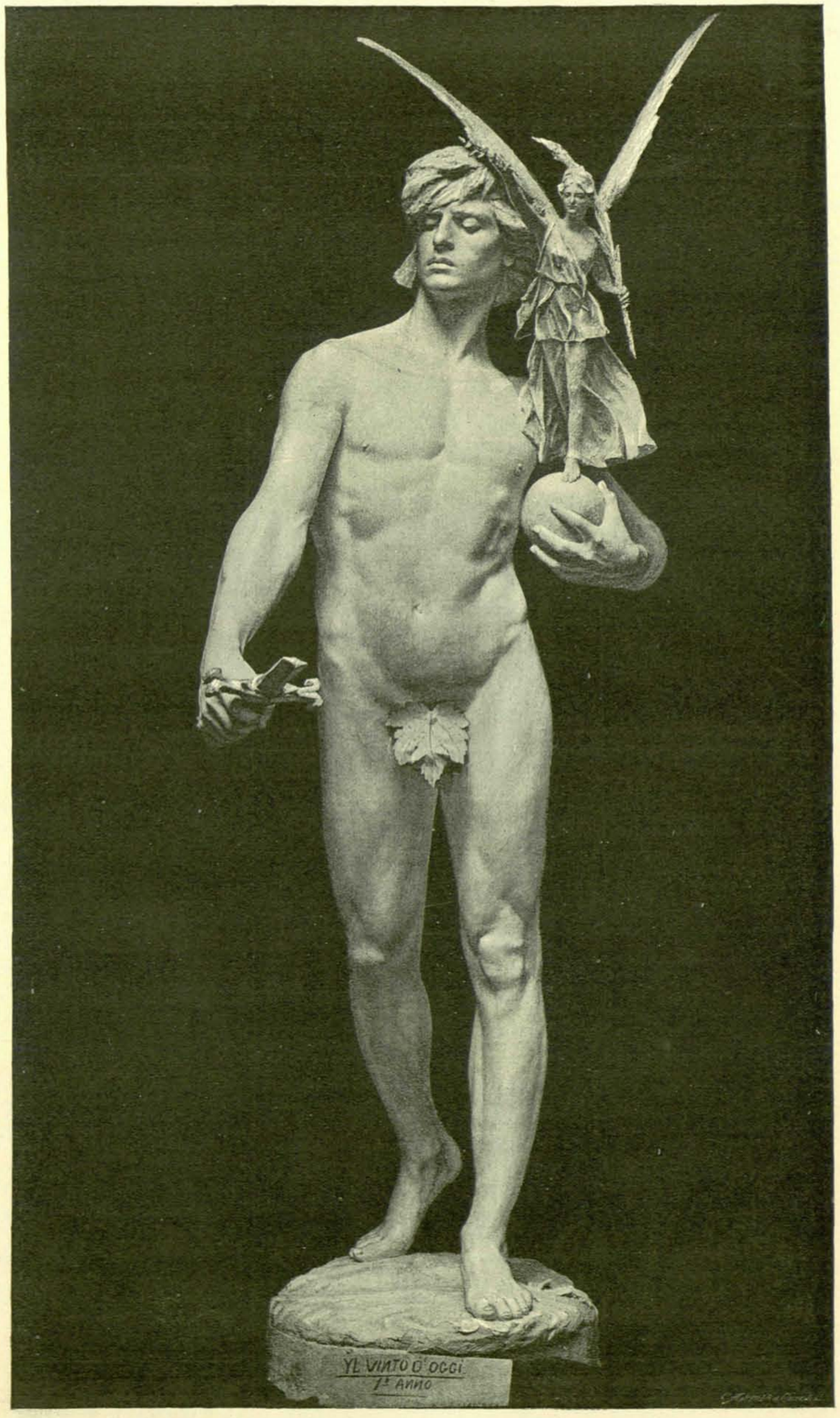
El augusto enfermo tiene un nombre célebre en la historia de Inglaterra; pero lo dejamos para lo último, pues de mentarlo ahora aquí faltaría el interés del cuento y aun el mismo cuento, que dicho se está, no es sino historia, aunque inverosímil.

Sin embargo, bosquejaremos el carácter con cuatro rasgos para poner al lector en aptitud de conocer al sujeto.

Mató ó mandó matar, que es todavía más cómodo, durante su reinado:

Dos reinas, que fueron esposas suyas.
Dos cardenales del sacro colegio romano.
Tres arzobispos de su reino.
Diez y ocho obispos.
Trece abades.
Setenta y cuatro canónigos.
Quinientos frailes.
Cincuenta doctores de teología y de derecho.
Cuarenta magnates ó dignatarios de su corona.
Trescientos nobles de menor cuantía.
Cien damas de alta condición.
Doscientos hombres de clase media.

¡Lástima que no se hubiera averiguado asimismo el número de miserables que mató ó mandó matar, aunque acaso no fueran muchos relativamente no ofreciendo á su codicia el tentador estímulo de la confiscación.



EL VENCIDO DE HOY, estatua de A. Querol (calificación honorífica en la Academia de S. Fernando)

Y acaso fueron innumerables, teniendo en cuenta otro estímulo no menos tentador y cruel: la sugestión de los odios religiosos en recia pugna á la sazón en Inglaterra.

¡Y no quería morirse él después de haber hecho morir á tanta gente!

Sin embargo, se moría.

Y aunque tal era la opinión común y acaso el común deseo, pues sobre aquellos crímenes, le acusaban los católicos de haber arrojado á los profundos infiernos millones de almas, arrancadas al gremio de la Iglesia romana, nadie se atrevía á decirlo en público por no hacerse reos de lesa majestad.

IV

Sólo el duque de Norfolk hubo de expresar su leal opinión en este sentido, bien que no la expresara en público tampoco, sino en el seno de la amistad, entre algunos palaciegos.

Y este fué el mal; valiérale más haberla publicado por calles y plazas entre el sencillo vulgo, porque los palaciegos dieron á sus palabras un alcance ó intención que tal vez no tuvieran.

¿Qué hay de malo en creer que un enfermo se va á morir?

Los palaciegos hallaron en esta creencia cierta fruición, que revelaba el deseo de que se muriera el rey, y no faltó quien insinuara á su oído el delito de lesa majestad.

– ¿Qué tiempo hace? – preguntó una mañana el augusto enfermo al desleal palaciego.

– Muy bueno, señor, si así os place, – contestó el adulador.

Y sin embargo llovía, como dijo el otro; esto es, la bruma del Támesis y los vapores desprendidos de las nubes envolvían como un triste y sucio sudario el inmenso cadáver de Londres.

– ¡Muy bueno! – exclamó el rey con despecho. – ¿Y para qué hace buen tiempo, si, mal que me pese, no he de gozarlo yo?

– ¿Y por qué no, señor?

– ¿No ves que me estoy muriendo?

RETRATO DEL HIJO DEL PINTOR ENRIQUE SERRA, escultura de A. Querol

– No lo veo yo así.

– ¿Así no lo ves tú?

– De ninguna manera.

– ¡Ah leal y afecto vasallo! Yo premiaré tu lealtad y amor.

– ¡Gracias, señor; tanta bondad!...

—¿Y qué se dice de mí en Londres hoy?

—Lo que siempre: que sois el mejor de los reyes.

—Y de mi salud ¿qué se dice?

—Que sois inmortal como los dioses.

—¡Ah! – exclamó el rey moviendo la cabeza.

—Sólo uno, uno solo de vuestros súbditos opina lo contrario, suponiendo que ha llegado vuestra última hora.

—¿Es posible?

—Posible es, señor; pero es una excepción.

—Y ¿quién es ese enemigo mío?

—Un allegado vuestro, una criatura de vuestras poderosas manos, un título de la nobleza de vuestro reino, un...

—El nombre de ese reo de lesa majestad, interrumpió el rey con impaciencia.

—El duque de Norfolk.

—¡Ah! ¡El había de ser!

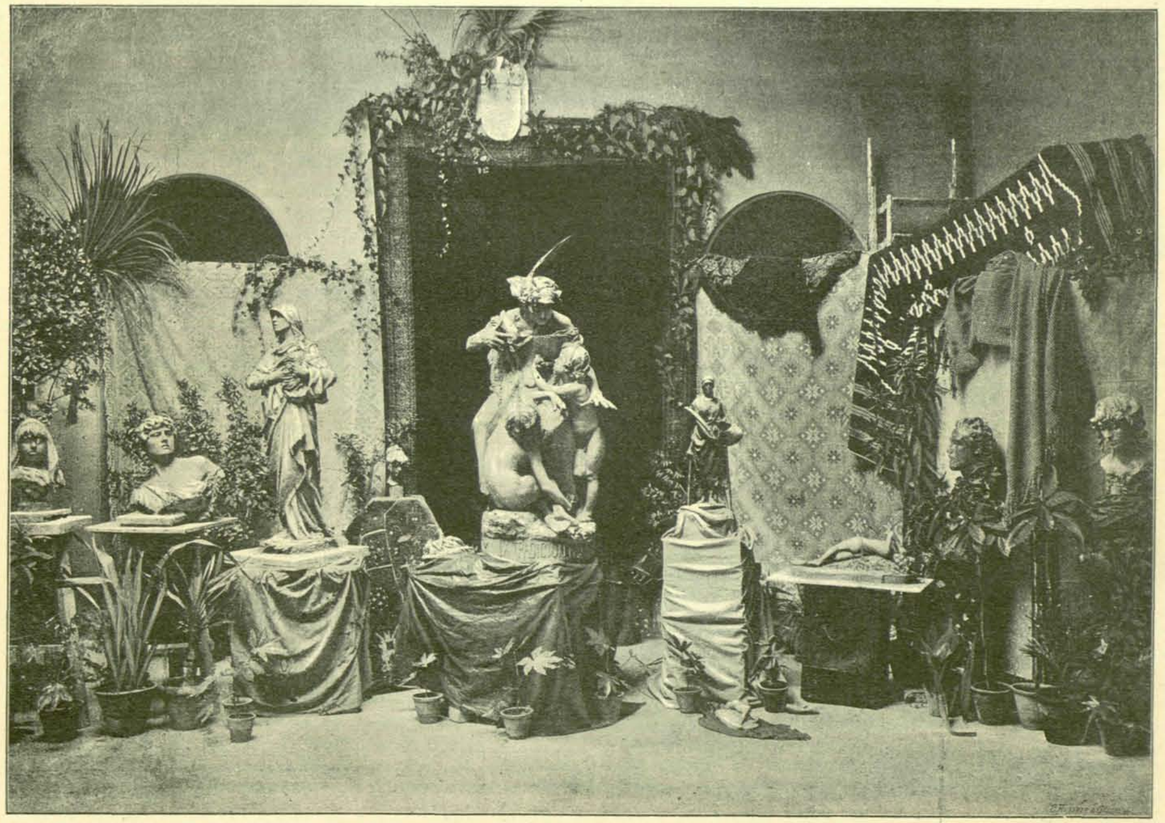
—El es, señor.

—Pues viviré, – dijo el rey tomando aliento de su enojo y procurando incorporarse en el lecho, aunque inútilmente;—viviré mal que le pese, á lo menos lo bastante, si no soy inmortal, para verlo morir á él desesperado. Díselo así al duque, con quien tengo antigua cuenta pendiente. Pero no le digas nada: lo mejor es obrar secretamente y por sorpresa para que no se ponga á buen recaudo y defraude mi venganza. Trasmite tú mismo mis órdenes reservadas para que lo lleven á la torre y lo dejen allí olvidado á pan y agua, ó á agua sin pan, ó sin pan ni agua, ni aire, ni luz hasta que se muera. ¿Entiendes?

—Entendido.

—Mi real gusto y soberana voluntad es que no me vea morir, es que muera antes que yo, ya que no soy inmortal.

—¿Y si no muriera tan pronto como fuera de vuestro real gusto y soberana voluntad?



INTERIOR DEL ESTUDIO QUE POSEE EN ROMA EL ESCULTOR AGUSTÍN QUEROL

– Entonces... entonces le daremos hierro.

El palaciego se inclinó profundamente y salió de la real cámara con sus órdenes reservadas.

En su virtud quedó muy luego encerrado á pan y agua en la famosa torre ó prisión de estado el duque de Norfolk.

V

El rey se moría sin embargo, haciendo bueno, á su pesar, el dicho del duque, y mala por consiguiente la justicia real, que por lo regular no tenía forma de proceso, ó era una forma amoldada á su justicia.

Todos pensaban ya en la muerte próxima del rey, desmintiendo al palaciego adulador, que lo suponía inmortal, haciéndose intérprete de la pública opinión. Pero con tan ejemplar castigo ¿quién había de atreverse á decirlo?

Otro personaje hubo, sin embargo, con el valor necesario para cometer el mismo crimen de alta traición, y no así como quiera, sino frente á frente del mismo interesado.

Verdad es que á tanto se arriesgaba, porque contaba de antemano, si no con la indulgencia, á lo menos con la impunidad.

Era el médico de cabecera.

No podía ser otro el héroe de esta acción, en cierto modo heroica y hasta épica.

Podía ser también un loco. ¿A qué no se atreve un loco con su inconsciente valor?

Pero aquí no hubiera habido ya mérito; el mérito estaba de parte del cuerdo y sensato doctor.

– Señor,—le dijo después de tomarle el pulso y verle la lengua y palparle el vientre,—los reyes como los mendigos son mortales, salvo el respeto debido.

El rey se incorporó súbitamente por una impulsión nerviosa y miró al doctor con extraviados ojos, y en ojos y en labios con expresión de escándalo, como quien oyera una calumnia, una blasfemia, la blasfemia y calumnia, ó á lo menos la indignidad, opuesta á toda razón de estado y á todo sentimiento de decoro, de que los reyes mueren como los mendigos.

Pero no pudo expresar su enojo con el mismo impulso, pues no pudiendo sostenerse incorporado, cayó muy luego en la cama, impotente y pesado ya como un cadáver.

Sólo le fué dado repetir, y esto con voz desmayada, las mismas palabras del doctor:

—¡Los reyes, como los mendigos son mortales!

—Salvo el respeto debido,—repitió á su vez el doctor, que notó el efecto producido por lo que suponía cosa sabida y no una misteriosa revelación.

– ¿Qué quieres decir? – balbuceó luego el rey.

– Quiero decir, señor,—contestó el médico,—que si los reyes no son inmortales, alguna vez ha de llegarles su hora, y en esta hora suprema es obligación del médico advertirlo para que el rey que va á morir se ponga bien con su conciencia.

—¿Bien con mi conciencia?

—Bien con Dios.

—Pero, necio, ¿qué es la conciencia y quién es Dios?

El doctor se encogió de hombros.

Medió una pausa de silencio.

El rey lo rompió al fin diciendo con despecho:

—¡Con que tan malo estoy!

—Tan malo estáis, señor,—contestó el médico.—Pésame haber de decíroslo; pero tengo que cumplir este deber, mayormente, cuando nadie de palacio ha querido tomarlo á su cargo.

—Todos han sido más afectos.

—Más afectos no; más tímidos.

—Eso es ser más afectos en este caso.

Después de otra pausa, añadió el rey:

—¿Es decir que voy á morir?

El doctor bajó la vista y guardó silencio.

—Pero ¿estoy en peligro inminente? – volvió á preguntar el rey.

—Señor, es una crueldad entrar en tales pormenores: básteos saber que no hay remedio para vuestro mal en la ciencia humana.

—Entonces no me muero de mío, sino por culpa, por ignorancia de los que os llamáis sabios. Sois unos asnos.

El médico guardó silencio.

—Pero ¿viviré siquiera lo que resta de día?

—Puede ser.

—Entonces tengo aún tiempo para dictar algunas disposiciones, arreglar mi conciencia y ponerme bien con Dios,—repuso el rey en tono sarcástico y con sonrisa impía.

—En buen hora, señor.

—A ver, que entre Denny sin demora.

El doctor salió á la antecámara y muy luego volvió con el ministro.

VI

Y he aquí pintada de un rasgo la fisonomía moral de este rey:

—Señor,—dijo tímidamente Denny al entrar.

—Sir Denny,—dijo el rey con espantosa fruición,—extiende inmediatamente la orden de ejecución del duque de Norfolk y tráemela á la firma sin demora, si no tienes valor para firmarla tú.

El ministro se quedó como clavado en su sitio, inmóvil, helado de horror.

—Sin demora, – repitió el rey; —que estoy en peligro de muerte y juré que no había de verme morir.

—Pero, señor,—balbuceó sir Denny.

—¡Obedeced!

El ministro hizo un grande esfuerzo y pudo arrancarse de allí, huyendo como impulsado por su mismo horror.

El doctor lo tranquilizó cambiando con él una expresiva mirada.

Sin embargo, era preciso obedecer, aunque no se cumpliera la sangrienta orden, supuesto el próximo fin del rey, y el ministro la extendió en toda regla y la trajo á la firma del rey para que muriera en paz.

El rey moribundo y todo, la firmó.

Pasadas algunas horas y por tanto más cerca aún del sepulcro, reconoció á su ministro entre los que rodeaban su lecho y le preguntó con cierto interés y solicitud:

—¡El duque! ¿Y el duque?

—Ejecutado,—contestó el ministro cortando por lo sano para hacerle callar y siempre con el noble fin de salvar la vida de Norfolk.

El rey soltó una carcajada nerviosa y se durmió tranquilamente.

Luego se despertó con el estertor de la agonía.

El médico le cogió una mano y el arzobispo de Cantorbery la otra.

Media hora pasó.

– ¡Señor!—gritó el prelado al oído del rey,—apretadme la mano en señal de contrición para que Dios os abra las puertas del cielo. ¡Cómo me la aprieta! ¡Muere como un justo!

—Mentira,—dijo para sí el médico abandonando el pulso.—Hace más de cinco minutos que está muerto.

Pero ¿quién era este rey de mil diablos que mataba sin piedad y moría como un justo, aunque sin apretar mucho ni poco la mano del arzobispo de Cantorbery en señal de contrición?

Dicho se está: era Enrique VIII de Inglaterra.

Cecilio Navarro

VIAJAR POR TELÉGRAFO

«El rail y la locomotora,—decía Stephenson, el constructor del primer ferrocarril,—son dos partes de una misma máquina.» Y decía bien, porque indicaba con esto que la vía ha de ser completamente adecuada al vehículo que por ella discurra. De aquí resulta la cuestión de si las actuales vías férreas, perfectamente apropiadas para los ferrocarriles á vapor, serán las más á propósito para los ferrocarriles eléctricos que cada día funcionan con más éxito, gracias á los trabajos de Siemens.

Hasta ahora, sin embargo, no se ha sacado del empleo de la electricidad, como fuerza de tracción, todo el inmenso partido que puede sacarse, porque toda la aplicación que se ha hecho ha sido adaptar, en vez de la locomotora, un motor eléctrico á la antigua vía y al material ordinario de ferrocarriles; todo se ha reducido á un cambio de motor, y la cuestión en este caso queda reducida á si, en su aspecto económico, una fuerza es preferible á la otra, pues para la materialidad los efectos de la tracción son próximamente iguales.

Pero no debe estimarse que la ventaja de los ferrocarriles eléctricos estribe sólo en la economía de la tracción con respecto al empleo del vapor; la gran ventaja está en otro punto, que guarda relación con la frase antes citada del famoso Stephenson.

***

En efecto: á motores nuevos vías nuevas.

Con el vapor se puede producir trabajo mecánico en gran cantidad, y la manera más económica y útil de emplearlo es aplicar gran cantidad sobre una locomotora única remolcando un tren pesado; y no hacer obrar un motor sobre cada carruaje; es decir, emplear muchos motores pequeños.

Pero para conseguir aquel efecto, es necesario una vía permanente, de gran solidez y muy costosa. Por esta vía circulan de tiempo en tiempo los trenes con una gran complicación de vagones enganchados unos á otros tras la veloz locomotora. Pero ningún medio mecánico permite distribuir á distancia la fuerza producida por una máquina fija y utilizar esa fuerza en la progresión de los trenes.

La electricidad es la que puede realizar esta trasformación, y en esto estriba la gran ventaja del nuevo motor y la gran mudanza que en la disposición de las vías y de los vehículos se ha de originar. Con la locomoción eléctrica, el movimiento de los vehículos se puede producir automáticamente y sin necesidad de un complicado mecanismo, y el mecánico ó conductor consiguiente en cada uno, con todos sus accesorios de fogones, depósitos de agua y carbón, generador del vapor, etc.

Estos efectos se pueden conseguir, á distancia y con la rapidez del pensamiento, por medio de relés y electroimanes y se puede asimismo enviar por la misma vía, á voluntad, un centenar de vehículos independientes unos de otros.

En una palabra, la corriente eléctrica, empleada del modo expuesto, permite la subdivisión de las masas que se hayan de trasportar, repartiendo la carga entre muchos vehículos ligeros, que podrán marchar uno casi detrás de otro de una manera continua ó poco menos, en lugar de acumular las cargas sobre trenes pesados y separados unos de otros por grandes intervalos de tiempo como, sucede en los trenes actuales movidos á vapor.

***

Este nuevo procedimiento para los trasportes no es una pura concepción teórica, sino que es un sistema ya puesto en práctica, según los detalles teóricos de los señores Fleming-Jenkin, Ayrton y Perry. Y como es lógico, al cambiar tan radicalmente el sistema de motores, han cambiado también la disposición de la vía. La subdivisión de la carga permite emplear una vía muy ligera, sobre la cual pueden rodar muchos trenes pequeños, gobernados automáticamente é independientes los unos de los otros. Dicha vía está formada por cuerdas metálicas suspendidas á bastante altura y aisladas sobre los pilares que las sostienen.

La trasformación en el servicio de la locomoción cuando la tracción eléctrica se generalice, será, pues, muy grande, como lo fué la que produjo el vapor cuando se utilizó por vez primera desterrando todos los antiguos vehículos.

La tracción eléctrica suprime los grandes trenes, pero en cambio los viajeros perezosos no se quedarán sin tren, porque por cada vía estará saliendo á cada momento tren nuevo formado por un solo vagón, que marchará constantemente por cuerdas metálicas colgantes, con velocidad muy superior á la de los trenes á vapor, pudiéndose parar en un instante preciso y andar de nuevo según convenga. Las vías aéreas tendrán la ventaja, además, de suprimir cierta clase de accidentes, comunes en las vías ordinarias, y con un poco de cuidado se podrán evitar los inconvenientes ó contratiempos que pueden ocurrir con el nuevo sistema de locomoción.

Esto sí que se aproxima ya en todos sus aspectos á viajar por telégrafo, no sólo por la velocidad que se obtiene, sino por la forma de la vía. Se expedirán trenes por las vías eléctricas colgantes, como ahora se expiden telegramas.

***

Fundándose en el mismo hecho de la tracción eléctrica, pero variando las disposiciones de la vía y del vehículo, se ha puesto en práctica en Inglaterra otro sistema para trenes pequeños destinados exclusivamente al trasporte de cartas y paquetes postales.

La vía para estos verdaderos trenes correos está dispuesta de modo que un rail está apoyado en el suelo como de ordinario y el otro está en alto, paralelo al primero y situado en el mismo plano vertical. El tren rueda sobre el rail inferior, mientras que el superior sirve de conductor de la corriente eléctrica y además da gran estabilidad al tren, porque en los techos de los vagones van acopladas, de dos en dos, poleas de fricción que se apoyan lateralmente contra el rail superior.

Este tren postal marcha con una velocidad de 240 kilómetros por hora, que es cuatro veces mayor que la velocidad media de los exprés de Inglaterra y de los Estados Unidos.

***

Pero el vapor se defiende.

Al lado de estos progresos, realizados por medio de la tracción eléctrica, el vapor también extrema sus servicios. Una nueva aplicación se ha hecho de este agente á la locomoción, construyendo un carruaje movible á vapor y capaz de servir en las carreteras ordinarias sin vía férrea de ninguna clase.

El nuevo vehículo, construído por los señores Dion, Bouton y Trepardoux, puede moverse inmediatamente hacia atrás y hacia adelante y ser detenido instantáneamente. Funciona sin apariencia de vapor, porque es fumívoro y hace muy poco ruido al marchar; puede girar sobre una circunferencia de 2,50 metros de radio. El generador del vapor está dispuesto de modo que se consiga el mayor resultado que puede obtenerse en la calefacción, y efectivamente está montado de modo que un kilo de cok basta para vaporizar nueve kilos de agua.

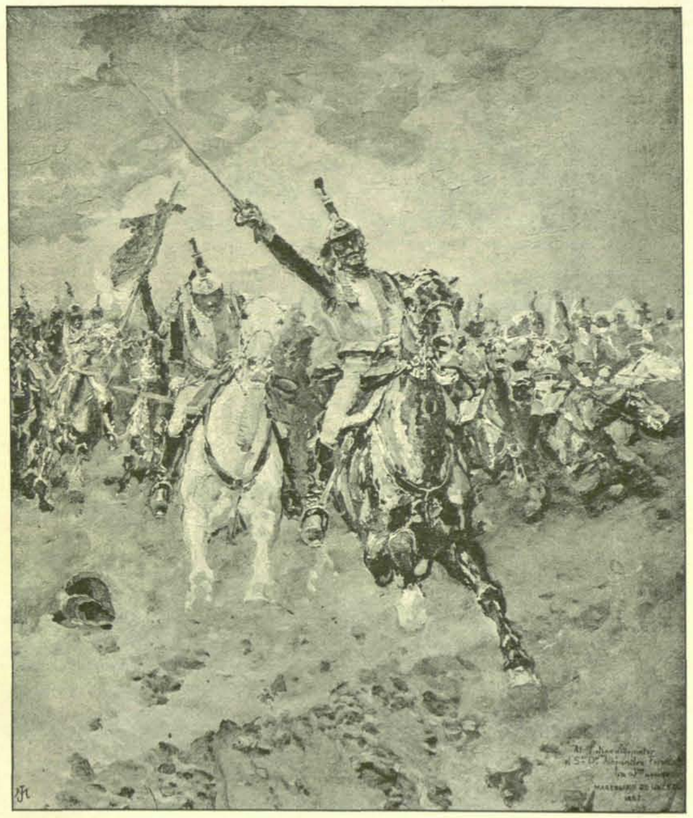
Este vehículo está destinado á prestar gran servicio en los puntos situados fuera de las vías férreas, en el acarreo, en las explotaciones agrícolas, etc.

Otra defensa del vapor, que no deja de ser curiosa, es producir electricidad y aliarse con ella, para conseguir el alumbrado de los vagones de los trenes. La manera de realizarlo es la siguiente:

En el furgón de cola de un tren ordinario de los que actualmente se usan, se coloca una máquina magneto-eléctrica, de las que sirven en el día para producir la corriente que alimenta las lámparas eléctricas de toda clase. Pero esta máquina magneto-eléctrica recibe un movimiento, no por motores particulares y con un gasto de fuerza especial, sino de uno de los ejes del mismo furgón arrastrado por la locomotora; de suerte que es el mismo tren, al andar, el motor de la máquina magneto-eléctrica. Esta, al funcionar, producirá corriente, que pasando por alambres á lámparas eléctricas por incandescencia, situadas en todos los departamentos de los vagones que forman el tren, servirán perfectamente para el alumbrado de éste. Así el vapor produce el arrastre del tren, y éste, al andar, la luz en todos sus departamentos, dándose el caso curiosísimo de que la intensidad de la luz sea la propia medida de la velocidad de la marcha.

Pero para que con este sistema de alumbrado, recientemente propuesto y ensayado por Tommasi, el tren no quede á oscuras en las paradas, lleva además depósitos de gas ó de petróleo, y una lámpara de esta clase al lado de las eléctricas; un conmutador automático intercalado en circuito hace que, cuando la marcha del tren va menguando y la intensidad de la corriente eléctrica baja, las llaves de las lámparas ordinarias se van abriendo, adquiriendo estas la intensidad que las eléctricas van perdiendo, sucediendo lo contrario cuando el tren marcha con toda rapidez; de forma, que la luz no falta nunca.

Doctor Hispanus



CARGA DE CORACEROS, cuadro de Marcelino de Unceta, *presentado en la Exposición Nacional de Bellas Artes de* 1887

NOTICIAS VARIAS

Los progresos de la telegrafía eléctrica. – El 27 de julio último se dió en Londres un suntuoso banquete de 250 cubiertos para celebrar el quincuagésimo aniversario del primer experimento de telegrafía eléctrica ejecutado por MM. Cooke y Wheastone en la primera estación del ferrocarril de Birmingham. El ministro de comunicaciones que presidía el acto enseñó un fragmento de madero triangular que había reunido las dos estaciones á tres kilómetros de distancia y en el cual se habían fijado cinco hilos de cobre. Los inventores obtuvieron el éxito de sus experimentos sirviéndose de cinco hilos de cobre y otras tantas agujas imantadas. La celeridad de trasmisión era de unas cinco palabras por minuto; mientras hoy es de unas quinientas con el trasmisor automático; basta un solo alambre para reunir las dos estaciones y este hilo único sirve no sólo para trasmitir una corriente, sino hasta seis simultáneamente. En vez de dos estaciones situadas á 3,000 metros una de otra, los extremos de la red universal distan entre sí 30,000 kilómetros. ¡Qué progreso en medio siglo! ¡Y qué admirable simplificación! Sólo en Inglaterra el número de despachos trasmitidos no baja de un millón por semana.

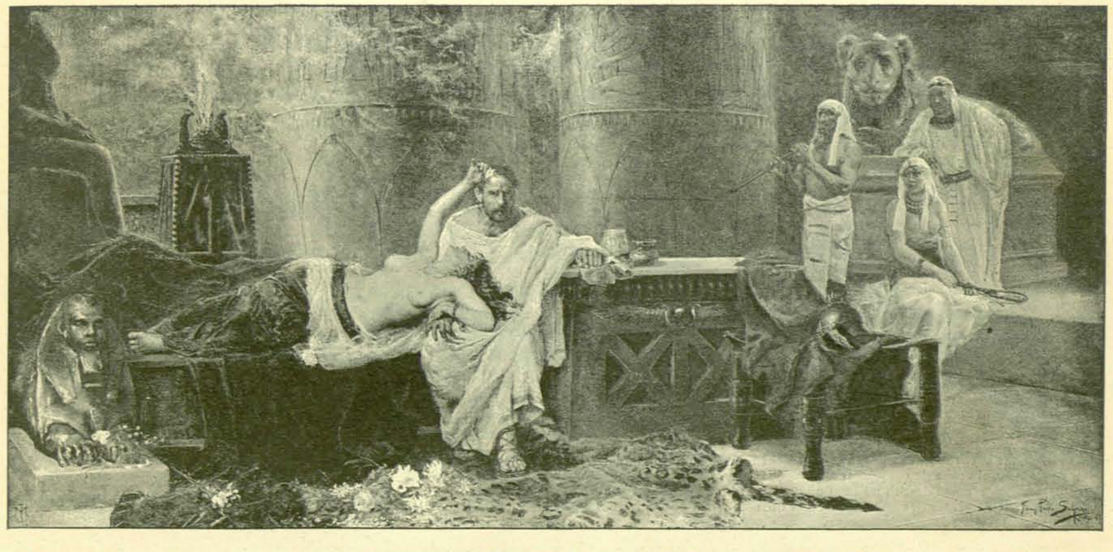
Vía férrea asombrosa.—El consejo de gobierno del imperio ruso examina actualmente un proyecto grandioso. Trátase de ejecutar incesantemente, ó á lo menos emprender con aliento colosal la construcción de una línea férrea que, partiendo de San Petersbusgo vaya á terminar al mismo Pekín, y aun más allá, si es posible, á Shanghai.

La línea proyectada tendría una importancia estratégica de primer orden y haría refluir á la Siberia, al Ural y á toda la Rusia europea la gran corriente comercial que se estanca hacia el Pacífico. La Siberia tiene enormes ríos, navegables todos y surcados ya por una verdadera flotilla de vapores. Entre estos grandes ríos, abiertos á la navegación, se trata de establecer los primeros ramales de esta asombrosa vía férrea.

La instrucción pública en la China.—El emperador del celeste Imperio acaba de sancionar un decreto propuesto por su ministro de Estado, que equivale á una verdadera revolución pedagógica en aquel vasto dominio. Los aspirantes al bachillerato que se examinen en las capitales de provincia podrán hacerlo así en ciencias físicas y matemáticas como en textos clásicos. La misma facultad se da á todos los bachilleres que quieran pasar á Pekín á sufrir los exámenes de un grado superior. Estos nuevos grados darán en la jerarquía administrativa las mismas prerrogativas que los grados antiguos. Difícil sería calcular la extensión de los cambios que esta innovación ha de producir en la política del imperio cuyo nombre ha sido siempre el símbolo de la inmovilidad.

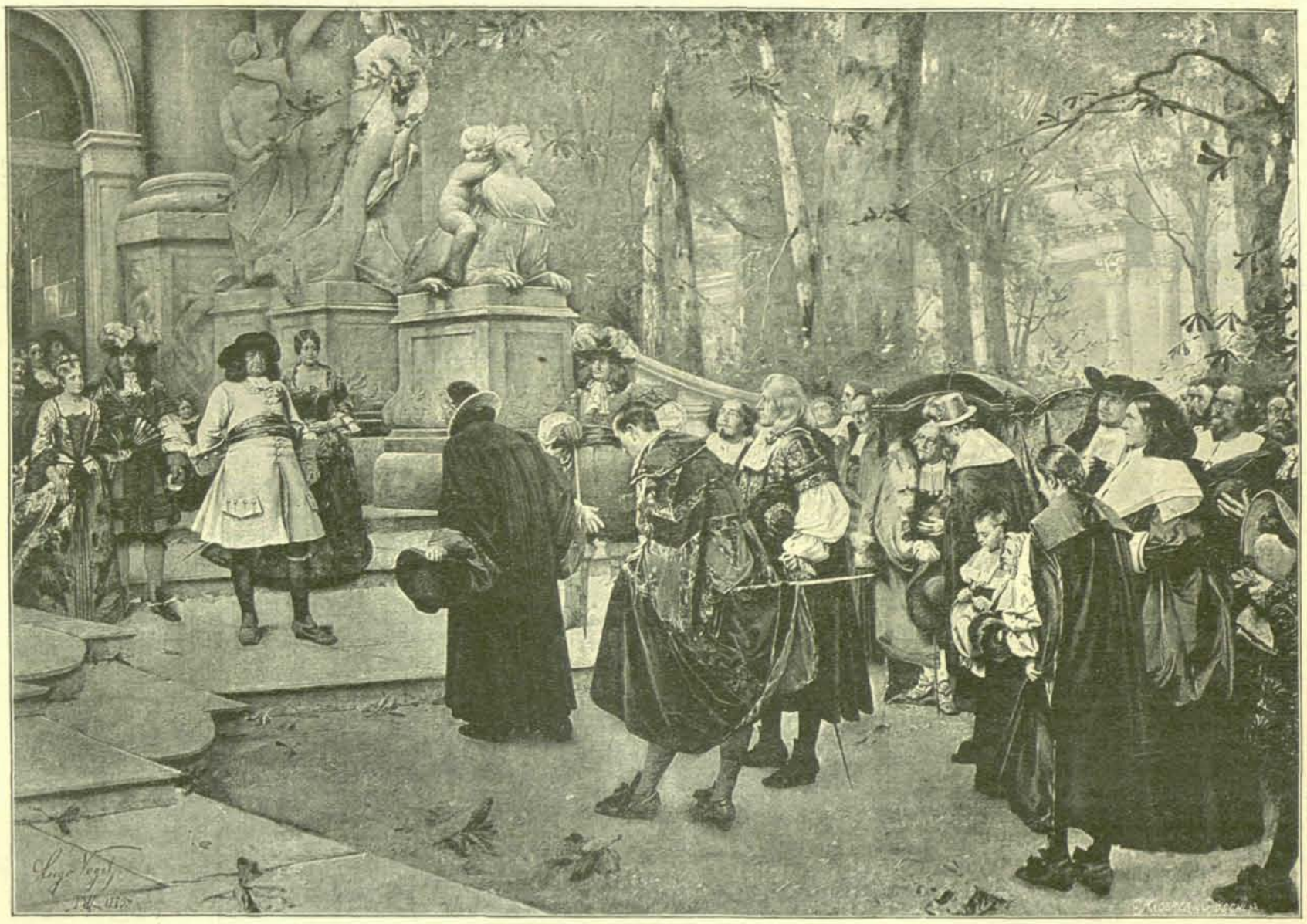
El ruido del agua.—En algunos puntos de las costas de Sumatra y de las Molucas, reconocen de noche los pescadores la profundidad del mar y la constitución del fondo por el ruido que hace el agua batiendo los bancos de coral. A 20 pies y menos y toda proporción guardada, en la crepitación de la sal que se arrojara sobre ascuas; á 50 pies la palpitación de un reloj, más ó menos rápida, según que el fondo sea exclusivamente de coral, de coral y de limo ó de coral y arena. Si el fondo es sólo de arena, el sonido es claro; si es de limo el sonido es sordo y parecido al rumor de un enjambre de abejas. En las noches oscuras se guían los pescadores por estos ruidos ó murmurios para elegir los lugares de pesca. Para oirlos mejor, se aplican al oído la punta de un remo, cuya pala esté sumergida en el agua.

Los centenarios. – *La Asociación británica para el progreso de las ciencias* tiene la loable costumbre de nom-



MARCO ANTONIO Y CLEOPATRA, cuadro de Juan Pablo Salinas

Presentado en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887



LOS EMIGRADOS FRANCESES PRESENTÁNDOSE AL GRAN ELECTOR, cuadro de Hugo Vogel

brar comisiones que subsisten muchos años para estudiar algunos puntos particulares, interesantes para la ciencia. Una de las últimas nombradas es la de *Investigaciones colectivas*. Esta comisión se ha ocupado en la investigación de los centenarios, ha dirigido multitud de requerimientos, solicitudes y preguntas y reunido 52 observaciones de centenarios, á once de las cuales acompañan piezas de comprobación. El de más edad tiene 108 años.

El profesor Humphry acaba de reunir los datos suministrados por estos 52 individuos en un suplemento del *Bristish Medical Journal*. La *Revista de antropología* resume también este interesante trabajo, dando el siguiente resultado: 16 de estos centenarios son varones, 2 de ellos célibes, y 36 hembras inclusas 10 solteras. La edad media de los primeros en la época de su casamiento era de 31 años, y de 25 la de las segundas. La duración, por término medio, del casamiento de los hombres ha sido de 54 años y el de las mujeres de 33. (Dejamos sacar las deducciones.) El término medio de los hijos de estos matrimonios fué de 6: solamente dos no tuvieron prole.

De 49 examinados bajo este punto de vista, 3 han sido ricos, 28 acomodados solamente y 18 pobres. Como antecedentes de salud, uno fué epiléptico, de 17 á 70 años, y otro quedó paralítico á los 90.

La estatura media de los hombres fué 1 m. 74 y su peso 138 libras; la estatura de las mujeres no pasó de 1 m. 60 ni su peso de 129; 22 oían bien y 34 veían mejor. De 35, 24 llevaban anteojos, y 4 de las 7 restantes no podían ya probablemente leer. De 46, 29 tenían una inteligencia ordinaria, 5 mucha debilidad intelectual y 11 extraordinaria inteligencia.

La memoria de acontecimientos recientes era buena en 26, mala en 6 y mediana en 7. Uno de ellos puede repetir correctamente cien salmos.

De 45, 3 hombres y 4 mujeres fuman con exceso. Su pulso medio es de 75 y su respiración de 24 por minuto. De 42, 24 no tienen ya dientes; 37 reunidos suman 144 dientes, 63 en la mandíbula superior (19 incisivos, 8 caninos y 36 molares) y 8 en la mandíbula inferior (23 incisivos, 13 caninos y 45 molares)

Sería curioso tener en España y en los demás países de Europa una estadística análoga.

NUEVA LUZ PARA FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS.—El profesor C. W. Vogel acaba de comunicar á la sociedad de física de Berlín un nuevo descubrimiento que permite obtener fotografías instantáneas en los sitios más oscuros. Los inventores Goedlicke y Miethe preparan una mezcla de magnesio pulverizado, clorato de potasa y sulfuro de antimonio, que inflamada, produce una especie de relámpago tan luminoso é intenso que permite obtener una fotografía instantánea. El relámpago apenas dura $^1/_{40}$ de segundo; pero se ha puesto en evidencia la eficacia del experimento en la misma sesión fotografiando á las personas presentes. Estos polvos preparados son poco ó nada costosos, y á no dudar, vendrán á ser muy en breve de un empleo general.

FÍSICA SIN APARATOS

EL PRINCIPIO DE LA INERCIA.—Defínese la *inercia* de la materia en los tratados de física y mecánica diciendo que un cuerpo en reposo no puede por sí mismo ponerse en movimiento, y que un cuerpo en movimiento no puede tampoco modificar por sí mismo el mismo movimiento de que está animado.

En virtud de este principio de la inercia el polvo de nuestras ropas es expulsado de ellas, cuando se sacuden, tendiendo al reposo cada una de sus partículas. Hemos citado numerosos experimentos sobre el principio de la inercia, y vamos á mencionar otro, que nos ha indicado M. H. Gilly, licenciado en ciencias.

Póngase sobre el índice de la mano izquierda en dirección vertical una tarjeta de visita, y sobre la tarjeta una moneda de plata de cinco pesetas y proponeos sacar la carta sin tocar á la moneda. Para esto, no hay más que dar con un dedo de la mano derecha un capirotazo á la tarjeta, que se desliza y va lejos dejando inmóvil la moneda en el índice.

Preciso es, para que salga bien la prueba, dar el golpe limpio, súbito y bien horizontal en el corte ó canto de la tarjeta, como lo indica la figura.

Nuestro corresponsal nos ha escrito que en noviembre último, dió en Nimes una conferencia sobre la *Física puesta al alcance de todos*, y se expresa en los términos siguientes, que reproducimos, no por los elogios que contienen, sino en razón de que prueban una vez más la utilidad de nuestra Física sin aparatos.

«Creo, dice muy graciosamente M. Gilly, creo estar en el deber de dar participación á quien de derecho toca el éxito de mi conferencia. Efectivamente, en los diferentes números de *La Naturaleza* he encontrado la descripción de la mayor parte de los experimentos que he podido realizar. La suerte que ha indicado V. últimamente, ó sea la *trasformación de un vaso de tinta en un vaso de agua*, ejecutada con algunas otras al principio de la sesión, para establecer bien ante los espectadores la diferencia que existe entre la prestidigitación y la física propiamente dicha, los hubo de dejar verdaderamente estupefactos.

En el curso de mi conferencia los experimentos que más efecto produjeron en el público, son: la moneda atravesada por una aguja; el sello de cera imprimiéndose en plomo frío (hice circular por la concurrencia dos sobres sellados, uno con el plomo y otro con el sello, y no se notó diferencia); el mango de escoba roto sobre dos vasos (1) la garrafa levantada con una paja; la ebullición del agua en un recipiente de papel, etc.

Otro experimento que sorprendió á los espectadores por su misma sencillez fué el lápiz en equilibrio por su punta sobre el dedo.»

Estos experimentos no son solamente de mero recreo ó pasatiempo, sino de grande instrucción también, pudiendo servir de verdaderas demostraciones para la enseñanza. Esto nos empeña á recomendar á nuestros lectores que nos señalen los que conozcan y nosotros hayamos podido olvidar en nuestra serie.

Experiencia sobre el principio de la inercia

(1) El experimento del mango de escoba roto sobre dos vasos, se hizo últimamente en el Nuevo Circo de París en estas otras condiciones. Poníase el mango de escoba apoyado por sus extremos en las narices de dos *clowns*, que lo sostenían así en equilibrio horizontalmente, no sin grandes y numerosas contorsiones. Otro *clown* rompía el mango por en medio, de un golpe rudo dado con un palo. Las narices que servían de apoyo al mango no sufrían más daño que los vasos.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN